

En medio de ese universo vacío de gente, pero dotado de infinitas puertas a nuestra imaginación, silencioso, pero lleno de voces que nos hablaban al oído, podíamos transformarnos a nuestro arbitrio, descubrirnos como la encarnación del más desatado deseo.

No fue casualidad que el azar nos premiara con el encuentro de algo mágico: el salón de actos, y en él, un escenario. A partir de entonces fue el único lugar que existía.

Comenzamos por ser cantantes, trayendo a escena con voces destempladas retazos de boleros, canciones rancheras que oíamos en la radio, olvidando y revolviendo letras que comprendíamos a medias. Con los días vino el teatro. Lentamente, pasamos a una fantasía más compleja que, de una trivial historia, se fue transformando en una vida sustituta.

De la casa fueron desapareciendo collares, zapatos de fiesta, lencería, medias, lápices de labios, sombreros y cuanta cosa pudiera apuntalar nuestra fantasía. Todo empezaba con la repartición de las prendas, la discusión de quién iba a usar la combinación color negro que nos colgaba hasta la mitad del pecho plano, los fustanes predilectos con muchos holanes que hacían ruido al caminar, los collares largos de perlas de plástico, o los aretes más llamativos; a quién le tocaban los zapatos de tacón alto, o las sandalias verdes, el único sombrero. Las bocas pintadas de rojo, la exageración del colorete, un lunar cerca de la boca. Para el papel de galán no teníamos muchos recursos: una corbata vieja, un sombrero beige, una colonia Old Spice para la ambientación.

Viajábamos en un trasatlántico repleto de gente sofisticada, reiteración de los personajes que aparecían en la tele en las películas en blanco y negro del canal tres. Gente sofisticada, pero sobre todo hombres, con quienes inventábamos apasionados romances al estilo Hollywood. A una le tocaba ser el galán.

Había en ese juego algo profundamente seductor: el galán y la vedette de turno tenían un romance que incluía besos y caricias reales. Yo quería ser siempre la vedette y que Beatriz fuera mi novio, porque ella besaba rico, sus besos mojados e intensos, sus labios carnosos. Aparte, Catalina estaba perdiendo los dientes y no tenía ninguna gracia besar a un galán desdentado.

El juego era secreto. Sabíamos que caminábamos terrenos prohibidos y ello nos producía una fascinación que no pudo opacar, ni la muñeca enviada desde Francia por mi padre, aun cuando hablaba en francés tirando de una cuerda, ni los trastecitos de cocina y la licuadora de baterías de las niñas. Los juguetes pronto eran abandonados por cualquier parte, desplazados por el juego favorito.

Los años pasaron, la huella quedó: siempre colocaría el amor en un escenario, envuelto en la intriga y el dramatismo del maquillaje y los ropajes que visten para el amor. Una escena aparte que, para abrirse, precisaba la indefinición y levedad de la sinuosa cortina. Un paso en falso, un sendero cuyo misterio podía transitarse sólo bajo el amparo del equívoco, de lo fantástico, del travestismo. (*¿Sería entonces que empecé a amarte?*)

Dejé de visitar a las niñas antes que terminaran las vacaciones. Los aviones daban vueltas en el cielo. La radio anunció el estado de sitio. Había caído otro gobierno. No me dejaban salir de la casa y los días se estancaban. Cuando al fin me dieron permiso, fui corriendo a la escuela. La puerta estaba cerrada y nadie salió a abrir en respuesta a mis interminables toquidos.

Los rumores empezaron a correr. Don Chus y su familia se habían ido, la gente dijo que huyendo. Mi abuela elucubraba: “Don Chus era *arbencista*... Por eso no se cansa uno de decirles que no se metan a babosadas...”

No volví sin saber de las niñas. Fue en un baño turco, mucho tiempo después, donde encontré a Beatriz. Resultó ser la señora obesa que de espaldas me había llamado la atención por su enorme cuerpo, fofo y gelatinoso. Al voltearse, se dibujó en su cara la misma sonrisa de muchacho de entonces. Una chispa de complicidad en sus ojos pareció encenderse sobre la memoria de una libertad preciosa que al crecer fueron engrilletando las condescendencias.

La casa de la Avenida de los Árboles se mira vieja, con una manera absoluta de ser vieja. Por aquellos días, se estaba cayendo a pedazos. Las puertas, con hoyos de polilla, describían paisajes de riscos y montañas inconmensurables. Terminé por ya no examinarlos el día que descubrí una de las larvas responsable de las poderosas esculturas enroscarse con viscosidad entre las hendiduras.

*Las paredes descascaradas revelan varias capas de pintura.*

Esos pellejitos se podían arrancar despacito, o pasando velozmente la mano por encima de las paredes, corriendo por el corredor, sintiendo un cepillo de cosquillas en la mano y dejando una estela de confeti sobre el suelo.

*A medio patio, la enorme pila se llena de moho.*

Con un palo se podían dibujar verdes paisajes silvestres, mientras la abuela lavaba sobre la piedra la ropa, la retorció con las manos coloradas, la sacudía mandando los chisguetes de agua sobre mi cara caliente y los tendía sobre los lazos al sol.

*En cuanto viene la lluvia, la casa cambia de tono.*

Las tardes se volvían graves. Los techos de lámina eran sacudidos por los miles de soldados de plomo que caían del cielo. Mi hermano y yo nos quedábamos encerrados viendo la tele. Yo dibujaba con un lápiz en las paredes y lo veía de reojo. Armaba enormes ejércitos de fósforos que hacía enfrentarse por horas, sin concederme un segundo de atención. Mi abuela nos llevaba de la cocina *franceses con frijoles* y chocolate caliente. El encierro se volvía placentero. Con los pies sucios de andar descalza en medio de los juguetes tirados que nunca tendría que recoger, era yo la reina de aquel reino.

*En la sala, las goteras caen sin misericordia.*

Nos hacían buscar botes viejos de pintura para ponerlos a recibir el agua de lluvia que se escurría por el techo. Cada gota tenía un sonido que caía en distinto momento, formando un ritmo, una armonía que acompañaba mi tiempo, mis inventos, mis mundos, cobijados por el amor de mi abuela que siempre estaba allí en la cocina, o allí cosiendo o

allí en la noche, dispuesta a que me metiera a la cama con ella, dispuesta a que enredara mis piernas entre las suyas, dispuesta a espantar mis miedos, dándome conversación, arrullándome hasta que me deslizaba despacio al sueño, sin sentir.

Me acerco al tocador y casi con temor golpeo la puerta. El silencio es rotundo. Vuelvo a tocar y el sonido metálico resuena contundente esta vez.

“Allí no vive nadie”, anuncia el vendedor de periódicos recostado en el viejo árbol frente a la casa, reiterando una verdad que ya presentía. Miro por una hendidura: el viejo salón vacío, la luz mortecina entra apenas por un tragaluz.

El salón se cerró. Los muebles permanecieron, tapados con sábanas, como fantasmas de un tiempo impreciso. A escondidas, mi hermano y yo entrábamos a jugar. Llenábamos el lugar de bulla como queriendo exorcizarlo: dábamos vueltas a los sillones giratorios, poníamos a funcionar las secadoras, escribíamos cosas en la superficie polvorienta de los espejos.

Ibis fue la primera en irse. Un convertible rojo trajo a un mulato de apellido francés frente a la casa una tarde. Alborotada, fue a abrir la puerta. La visita era para ella. Lo mismo el siguiente día y los restantes. La abuela se fue incomodando. No soportaba la presencia del mulato y –no entrés a ese hombre a la casa– la mandaba a la calle con él. Luego –parece que estás deteniendo la puerta, entráte ya, vas a agarrar mala fama–, la regañaba por estar afuera.

Pero ella (la oveja negra de siempre) le desobedecía. Se salía con el mulato y se subía al auto estacionado a la sombra de la noche, cuestión

absolutamente prohibida para una señorita respetable. En algunas oportunidades, a escondidas, hasta se iban juntos. Una vez, la oí contar en secreto que habían ido *hasta el puerto*.

Mi abuela no terminaba de aceptar las visitas *del morado ese*. Pero Ibis estaba empecinada. Se escapaba, se escondía, inventaba historias, mentía para verlo. Mi abuela se enredó con ella en una batalla campal de gritos y reclamos, de regaños y hasta violencia física: al rebalsar su ira, bajaba del clavo el viejo chicote y la latigueaba. Nada la incomodaba tanto como la desobediencia de sus hijos. Después de estas golpizas, mi tía ganaba terreno, le sacaba salidas: bajo la condición de que llevara algún acompañante, que casi siempre éramos mi hermano y yo. Aprovechábamos la circunstancia que nos caía del cielo para *pedir gustos*, ir a Pecos Bill, por ejemplo, donde nos atorábamos de hamburguesas, papas fritas y batidos de chocolate, mientras ellos se besaban interminablemente.

Un día de tantos, el mulato no vino. Desapareció por largas semanas. Ibis se desesperó y recurrió al mejor remedio que conocía: el centro de brujería donde Doña Paula le fumaba al mulato flautas de puros gruesos y apestosos, mientras lo llamaba por su nombre. Se iba con ella bajo el puente Rodriguitos y repetían una y otra vez la letanía: “que el hijo de puta regrese arrastrado a mis pies...”

Yo la oía contar estas cosas sin perder detalle. Su voz susurraba al oído de las mujeres, sibilante. Ellas asentían en silencio con los ojos encendidos, mientras yo me quedaba atenta, escudriñando los rostros, tratando de adivinar el efecto del secreto,

queriendo ver a través de sus miradas, cosas ocultas e irresistibles.

El día llegó en que el mulato apareció como fuera vaticinado. Venía a decir adiós. Se armó un escándalo mayúsculo cuando se lo hizo saber. No había terminado el discurso que tenía preparado, cuando Ibis empezó a gritar en el salón. La escuchamos hasta en la cocina, desde donde acudimos alarmados. En medio de la clientela, mi tía, con ojos manchados de pintura, con la nariz colorada y abriendo la boca en una gigantesca mueca de llanto, repetía a gritos: “¡No dejen que se vaya! ¡No dejen que se vaya!” Luego, añadió con la voz vencida: “Estoy embarazada”.

La estupefacción nos mantenía callados. Mi hermano y yo tuvimos que retirarnos ante una mirada imperativa de mi madre. A las pocas clientas que permanecían en el salón –otras habían salido asustadas al iniciarse el escándalo–, las sacaron a la fuerza. El salón se cerró a pesar de que era apenas media tarde.

Se reunieron durante horas, y nada pudimos averiguar de lo que acontecía. Más tarde nos enteramos: la condena de la familia había sido unánime. La reputación de mi tía estaba en peligro y tenían que casarse. La sentencia fue notificada a los transgresores, a quienes se hizo saber lo que harían: se cumplirían las formalidades para que la gente *no hablara* y luego, si no la quería, la podría devolver a la casa. La condena era inapelable.

Las vecinas del barrio ayudaron a mi abuela a cocinar ollas de pollo encebollado que inundaron la casa de olor a tomillo, enormes apastes de ensalada rusa, para lo cual la factoría improvisada,

enarbolando sus cuchillos, cuadriculó cientos de zanahorias, güisquiles y papas que sumergieron primero en el sancocho de vinagre y sal y luego en mayonesa.

Se veía preciosa el día de su boda, a pesar de la barriga de casi seis meses que disimulaba el vaporoso vestido blanco. Se hizo una fiesta en la casa, con pino en el piso y marimba. Las parejas bailaban y yo, debajo de una mesa, me entretenía viendo cómo el pino se les enredaba en los pies.

Los comensales visitaban con asiduidad el tonel de ron con Coca-Cola y no les importaba hacer una larga fila para servirse el líquido oscuro donde flotaban los cubos de hielo y los cuartos de limón. Avanzada la tarde, muchos estaban borrachos. Las risas y las voces eran cada vez más bulliciosas. A algunos se les pasó la mano, como a mi hermano, que terminó dormido bajo las mesas, acurrucado sobre un volcán de pino.

Los últimos invitados se fueron entrada ya la noche. Cuando dejaron la casa desierta, mi tía se cambió el vestido y salió. Se miraba frágil y desconcertada con una pequeña maleta en la mano, mientras la otra sobaba inadvertidamente su barriga.

El mulato nunca la quiso y se la tuvo que llevar como un objeto desvalorizado que ya nadie quiere. Él tomó la exigencia de cumplirle como una humillación, algo por lo que haría pagar a todos –pero especialmente a ella y al hijo que estaba por nacer–, con una maldad violenta y perpetua que moldearía sus vidas, como a la roca la persistencia de las olas del mar.

Aura o las Violetas consiguió un empleo. Su salario podía comprar las cosas que siempre había



querido. Empezó a frecuentar amigas de fuera del barrio, hijas de militares. Las cosas de la casa empezaron a disgustarla. Se quejaba de no tener carro o teléfono, cosas imprescindibles para asegurar la pertenencia a ese otro rango social.

Llegó el momento en que decidió irse. Alquiló una habitación en una casa de huéspedes, limpia, pulcra, donde en una ventana mantenía una mata de violetas, detalle que a ella le parecía original –mantener una maceta de las flores que tenían su nombre– y que más bien tendía a subrayar su adhesión a los más almibarados lugares comunes. Reflejaba, sin que ella pudiera ocultarlo, su angustioso deseo de tener cabida. No podía comprender que sus esfuerzos serían inútiles. La sociedad que anhelaba era –y lo sigue siendo– clasista y excluyente.

El salón se cerró. Me asalta su imagen, nítida, en medio de la ausencia que el tiempo depositó en él: los espejos nublados de polvo, la máquina de la permanente desarticulada y vieja, las grandes cabezas de las secadoras como estatuas petrificadas, los cajones, donde las cucarachas presurosas sustituyeron a los tubos, y esa presencia implacable del lavacabezas parado inútilmente en una esquina.

Estaba allí el día aquel que de pie, tras el mostrador que guardaba los productos para el cabello, las uñas, los faciales, vi entrar a mi hermano. Se quedó detenido en el dintel de la puerta, mirándome desde sus grandes anteojos. Estaba tenso, cansado, con su pesada mochila en la espalda, las mejillas rojas. Era casi de noche. Toda la tarde la casa había sido un revuelo... no había regresado del colegio.

Después de darle muchas vueltas y discutirlo con mi abuela, mi madre se atrevió: fue a la abarrotería a prestar el teléfono, aparato que sólo había usado antes en situaciones muy graves.

“Sí, se quedó castigado, pero se fue hace ya una hora.”

Sin embargo, no llegaba y no llegaba. Mi abuela no cesaba de repetir: “¿Cómo así que lo dejaron castigado?, y uno aquí tronándose los dedos...”

Mi madre salía a la calle, caminaba hasta el Cerrito del Carmen y regresaba. No podía estarse quieta. Jugando por allí, revolviendo las cosas del mostrador, fui la primera en verlo aparecer. No lo podía creer... Allí estaba.

Ella se abalanzó para abrazarlo, mientras él contaba que el cura lo dejó castigado al final del día, porque no había querido entregarle los sellos postales con los que jugaba abstraído y que lo tenían ausente de la clase de historia. Yo lo escuchaba atenta, viendo sus dedos nerviosos manchados de tinta. Comprendía como nadie su resistencia con el cura. A veces me parecía que sólo yo podía verlo cuando desaparecía encerrado en el misterio de sus inescrutables mundos.

Él continuaba el relato, no tenía dinero para la camioneta, así que se había venido caminando solo desde el Liceo Guatemala.

“¿Cómo que viniste caminando solo desde allá?”

Yo, lo admiraba muda. Comprendí que nunca sería como mi hermano, rebelde y valiente. Capaz de cosas enormes como resistir al cura, o caminar desde el Liceo Guatemala hasta la casa, sin miedo. Yo nunca podría ser capaz de un gesto así. Curiosamente, empecé a quererlo de otra forma: con una

ternura tal, que a pesar de ser yo más chica, quería cuidarlo y protegerlo porque detrás de sus rabiosos ímpetus de libertad y osadía podía ver la vulnerabilidad de los seres puros, incapaces de hacer transacciones con la vida.

Fue desde entonces mi héroe. Y desde ese momento en el dintel de la puerta, donde lo vuelvo a encontrar con sus anteojos gruesos, victorioso de su aventura escolar, escupiendo de frente a cualquier figura de autoridad, se desdoblaron las mil imágenes de su retrato.

Hace veinte años que cerré el libro de palabras compartidas con él. Fue una curiosa manera de cerrarlo, porque un albañil revolvía mezcla de cemento y arena con una cuchara que al golpear en el cemento del piso, hacía un ruido desolado que me destemplaba los dientes. “¿Cuándo terminarán con todo eso?”, pensaba. Al lado, los ladrillos apilados esperaban su turno para incorporarse a la pared. A tus compañeros de la Escuela de Medicina les costó trabajo cargar tu ataúd.

No, no quería regresar, y estoy aquí hace un año, cansada como si recién hubiese regresado de un largo viaje, llena del polvo del camino, con un montón de artefactos extraños de otros lugares. Ya nadie me siente de aquí, y yo sólo a veces, como ahora, sentada en medio de la noche en este muelle donde se oye a las ranas cantar ese extraño canto de tribu alrededor de una fogata, de tribu contando cuentos ancestrales, en este momento, me siento de aquí.